



MONTEVIDEO *de San Felipe y Santiago*

Por ALBERTO INSUA

En 1716 — es decir, hace dos siglos y treinta y tres años — Montevideo no era una ciudad, sino un puerto en la ruta principal del Río de la Plata, del «Mar Dulce» descubierto por Solís.

Las aguas verdosas del Atlántico, cuando sopla

ba el viento del Este, venían a reunirse con las fluviales, densas y parduzcas. Aquel hermoso puerto excitaba la ambición de los portugueses de la colonia del Sacramento, en el Brasil, y la codicia de algunos corsarios de Europa. Era entonces gobernador y capitán general de Buenos Aires don Bruno Mauricio de Zabala, aguerrido militar, apodado «Mano de Plata», pues una que, con medio brazo, había perdido en el sitio de Lérida, la sustituyó con otra de este noble metal.

Era Zabala vizcaíno, de Durango. En las campañas de Flandes y el sitio de Namur se había cubierto de gloria. Poseía, además, fama de hábil político y administrador excelente. Ordenó el



rey Don Felipe V que fortificase y poblase los puertos de Maldonado y Montevideo para impedir los ataques de los lusitanos, que los consideraban pertenecientes a su Corona. La habilidad diplomática de Zabala, respaldada por una flota fuerte de tres naves, puso una conclusión pacífica al conflicto. Pero, previsor y obediente al mandato de su rey, dió principio a la idea de fundar una gran ciudad en el codiciado puerto, construyendo una batería — la denominada de San José — que dejó guarnecida con diez cañones y defendida por unos diez soldados españoles y mil indios «tapes».

Como las fuerzas y los colonos — de Galicia y Canarias —, prometidos desde España para consumir la fundación de Montevideo, tardasen en llegar, Zabala, que era hombre expeditivo, eligió siete familias de Buenos Aires, con un total de treinta y siete personas, y nombró jefe de la expedición al capitán de corazas don Pedro Millán. El día 30 de enero de 1726 quedó virtual y solemnemente fundada la ciudad de los Santos Apóstoles Felipe y Santiago de Montevideo, y se le con-

En una de las céntricas avenidas de Montevideo se eleva el monumento al fundador de la ciudad, Bruno Mauricio de Zabala, obra del escultor español Collaut Valera.

fundada la ciudad de los Santos Apóstoles Felipe y Santiago de Montevideo, y se le con-



El grupo escultórico denominado «La carreta», obra del escultor uruguayo José Belloni, es uno de los más hermosos monumentos de Montevideo.

cedieron por armas: un campo de cielo, el Cerro —a que debe su nombre— bañado por aguas del mar, acompañado en jefe por una espada dispuesta en faja y vuelta hacia la derecha, y coronado el escudo por la diadema real. Meses más tarde la población aumentó con veinte familias de Canarias que llegaron en el navío «Nuestra Señora de la Encina».

Aquel mismo año, el día de Nochebuena, Pedro Millán procedió a señalar los términos jurisdiccionales de la ciudad y delineó treinta y dos manzanas de cien varas, distribuyendo solares y tierras de labranza entre los pobladores. Y así nació Montevideo.

En 1829, a una centuria corrida de su fundación, sus habitantes no llegaban a diez mil. En 1860 ascendían a cincuenta mil. En 1914 a cerca de cuatrocientos mil. Hoy posee ochocientos cincuenta mil y no tardará en alcanzar el millón.

El progreso urbanístico de la metrópoli uruguaya corre parejas con su expansión demográfica. El Montevideo actual es una de las ciudades más hermosas, florecientes y atractivas de la América del Sur, y el inmigrante español encuentra en ella, amén de la satisfacción espiritual del idioma, modos de vida, tradiciones, devociones y costumbres de tan pura esencia hispánica que hacen fácil y grata su aclimatación. En cuanto a los españoles que visitan Montevideo o pasan en él breves temporadas, es sabido que la mayoría de ellos la abandonan con la pena «de no quedarse» y con el deseo «de volver». Tal nos ocurrió a nosotros. Durante nuestra larga permanencia en Buenos Aires tomamos muchas veces el barco para Montevideo, bien con el propósito de participar en su vida ciudadana—que nos hacían muy amable artistas y escritores amigos—bien para disfrutar en algunas de sus playas de un paisaje maravilloso y de un clima de suavidad edénica.

Montevideo fué para nosotros un remanso. Y pensamos que lo es para cuantos viven en Buenos Aires, ciudad magnífica, cosmópolis espléndida, foco de cultura y emporio de riqueza, pero que, como todas las ciudades que el gran poeta belga Emile Verhaeren llamó «tentaculares», acaba por exigir fugas hacia otras donde el ritmo de la vida es más apacible y más lento.

No es Montevideo—entiéndase bien—una ciudad «de

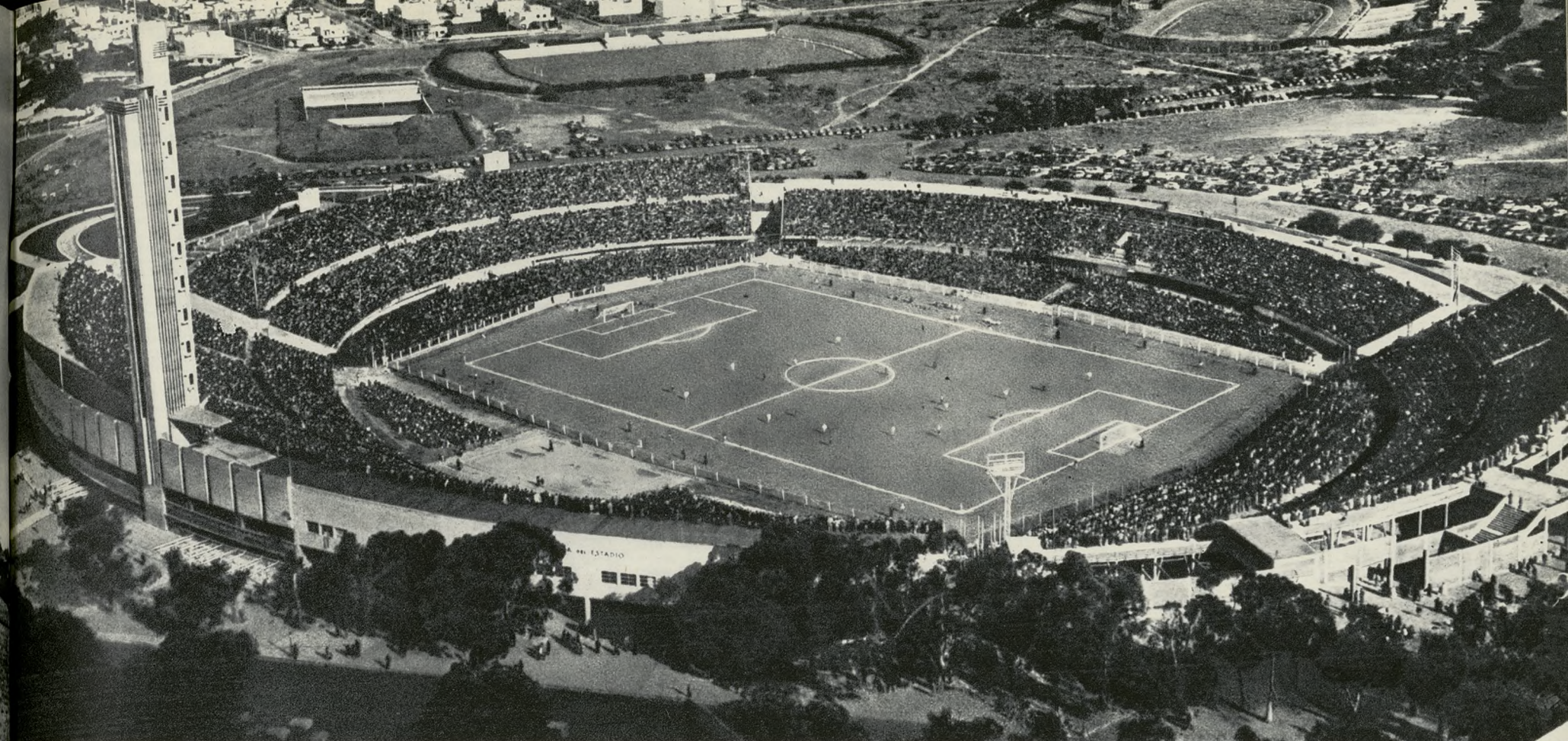
aire provinciano». Es una cosmópolis, pero todavía, y por fortuna, su cosmopolitismo no ha borrado en ella, sino a lo sumo atenuado, sus facciones hispánicas (¿Los rascacielos «desespañolizan» acaso a Madrid?). Montevideo conserva mucho de su primitivo carácter. Cuando su expansión material impuso el derribo de la última muralla de la antigua plaza española, barrios y edificios íntegros de los tiempos virreinales permanecieron intactos. La llamada «Ciudad Vieja» coexiste con la nueva, en la cual la pauta no es otra que la seguida en la propia España. La edificación en altura conciliando los estilos europeos, todavía un tanto ornamentales, con las formas desnudas y sucintas de Norteamérica.

A fines del siglo XVIII no se contaban en Montevideo más de trescientas casas. Actualmente posee cerca de cuarenta mil, distribuidas en unas setecientas calles, en un perímetro que acaso sobrepuje los cincuenta kilómetros. La ciudad se extiende sobre la costa marítima, uniéndose a los primeros balnearios que se eslabonan al través de esa admirable cadena de playas que la han convertido en un centro turístico de fama universal.

Asentada sobre un promontorio granítico, los vientos del Norte y del Este recorren sus grandiosas avenidas, sus plazas, sus parques y jardines, sus rúas de trazado colonial y hacen de ella una de las ciudades más limpias y mejor ventiladas del mundo. Añádase el horizonte marino. Por todas partes se divisa el mar. «Sus 252 días de sol—escribe uno de sus cronistas—constituyen uno de los tesoros que le ofreció la naturaleza, y, si bien es cierto que Montevideo es hoy día una gran metrópoli continental, conserva aún y conservará siempre el perfume de su tradición, de sencillez e hidalguía, que, como una gracia ingénita, está preservado por el paisaje encantador de su ondulada costa.» Esto es verdad, Montevideo es una urbe marinera, nacida del mar, y proyectada siempre, en sus expansiones urbanísticas, hacia el Atlántico.

La parte de la población que se incluye entre las calles Soriano y Uruguay, así como otros espacios de la ciudad nueva, posee edificios suntuosos, moradas magníficas, en los

En el centro, arriba: Plaza de la Independencia, con la estatua ecuestre de Artigas. Al fondo, el Palacio Zuloaga se yergue imponente sobre la amplia avenida Dieciocho de Julio.



En las afueras de la ciudad, el magnífico estadio de Montevideo, que ha sido escenario de reñidos campeonatos internacionales.

cuales se armonizan las formas arquitectónicas europeas —lo repetimos— con la edificación al modo norteamericano impuesta por su auge comercial.

Montevideo es, por lo tanto, muy clásica y muy moderna. Las calles más céntricas y concurridas son las de «25 de mayo» y de «Sarandí» y, sobre todo, la del «18 de julio»—fecha de la independencia uruguaya, que coincide con la de nuestro Glorioso Alzamiento. Esta Avenida es la predilecta de los montevideanos. A ciertas horas se hace difícil el tránsito por ella a causa de la aglomeración de gentes y vehículos. Casi todas las calles están arboladas. Los parques —tres grandes y muchos pequeños— y las plazas espaciosas completan el ornato, la belleza y la comodidad de la población. Pocos «paseos de invierno» existen en el mundo comparables al del Parque del Prado, que es el Jardín Botánico de Montevideo. Lo atraviesa un riachuelo bordeado de sauces. En su avenida principal hay cuatro hileras de eucaliptos. Su situación lo resguarda de los vientos fríos del Sur. La vegetación de sus jardines es de una exuberancia tropical y muchos de sus árboles son ya casi centenarios.

Pasan de veinte en Montevideo las iglesias y capillas del culto católico, algunas de gran belleza arquitectónica, como las de San Francisco, Aguada, La Concepción, Lourdes y el Reducto. La Catedral, situada en la plaza de la Constitución, es uno de los templos más notables de Hispanoamérica. Sus planos fueron trazados en nuestra Academia de San Fernando. Se iniciaron sus obras en 1803 y se completaron en 1905, ornándose su interior con pinturas de mérito.

En suma, la ciudad fundada por el insigne Zabala, se modernizó sin «desnaturalizarse», sin perder sus encantos de la época colonial y virreinal, que el viajero español encuentra cuando, alejándose de las avenidas céntricas, recorre las calles de la Ciudad Vieja y se detiene ante mansiones prósperas y moradas humildes donde todo habla de

En el centro, abajo: Otro aspecto de la capital uruguaya, que recoge la inquietud de las calles y la traza moderna de sus edificios. Al fondo, el Palacio Legislativo. A la derecha: Bajorrelieve del monumento a Bruno Mauricio de Zabala.

«un ayer» sin rascacielos, sin trasatlánticos, sin automóviles y sin esos aviones formidables que aterrizan en el Aeropuerto Nacional de Carrasco.

Para nosotros —que lo hemos visitado tantas veces, que hemos sentido la vibración de su vida urbana, en lo comercial, lo artístico y lo literario—, Montevideo es, como decíamos antes, una ciudad en la que nos hubiese complacido vivir. Y esto por dos razones: porque todavía no se ha hecho tumultuosa y abrumadora, como Nueva York o Buenos Aires, y porque en la hospitalidad y el temperamento de sus habitantes hemos reconocido a cada paso el sello de nuestra hidalguía. Las treinta familias de pura progenie española que «Mano de Plata» eligió en Buenos Aires para iniciar la vida en Montevideo, los hijos de las Islas Afortunadas que no tardaron en reunirseles, los españoles de todas las regiones —con predominio de vascos y gallegos— que desde el período virreinal fueron apareciendo en la nueva colonia, plantaron esa simiente hispánica que la fusión con los pacíficos autóctonos —de que surgió el noble gaucho— y los aflujos, poco numerosos, de razas extranjeras no fueron parte a destruir, sino a extender y acrisolar.

Artigas se llama —¡qué nombre tan español!— el caudillo de la independencia del Uruguay. Y de Zabala, cuyos restos reposan en la Catedral de Montevideo, ha dicho el escritor uruguayo Raúl Montero Bustamante, en una página admirable, que es la biografía sintética del héroe: «Su largo gobierno constituye el más hermoso ejemplo de la administración colonial en el Río de la Plata».

